**Manuel Serrano Pérez**

## CERTIDUMBRE

Si en el vaivén de una caricia amante
la caña te ofreciera los pechos
erguidos sobre el surco,
y tu brazo
de irrefrenable poderío,
ennegreciera avaricioso su cintura...
Si el brillo inexorable del machete
no apagara tus ojos,
y el sol,
articulado tacto de raíces,
fuera grave metal de grito resonante
en la carne que espía
y en el fruto...
Si un vuelo vertical de pájaros cayera
en tus cabellos,
en tu espalda,
desde todos los ángulos vacíos,
y vidriadas colinas de malhoja
se derrumbaran sin reposo:
No sería el azúcar, sino un párpado dulce
de la muerte!
¿Adónde van los ríos que el amor
no puebla con su imagen
o recibe o circunda?
¿Los bosques, las pupilas que esconden el
invierno?
Tu furor desconoce los yodos litorales,
las nieves que apacientan los distantes confines
o la embestida horizontal que se enrosca en la selva.
Sólo bruma de azahares,
golpeteo de cajas
disuelven tus angustias.

Y, sin embargo,
toda muerte camina por tierra en las palomas,
en los brazos del aire,

en el fuego, latiendo,
o en el mar,
simplemente.
¿Oyes?
Tu figura se viste
con la inicial de savia jubilosa
que recubre los bordes de la tierra.
¡Silba ya de una vez,
y acudirá un rebaño de cañaverales
a detener un tiempo tu alegría...!

## AMANECE MI CUARTO CON UN OJO VACÍO

Amanece mi cuarto con un ojo vacío
y, por la sombra que me encierra,
sordas figuras,
imprevistas piedras,
cuerpos,
bullen y van huyendo en compañía
de palabras y pasos,
de silbidos
que permanecen en el aire
y vacilan y mueren...
Rostros que ofrecen algo mío
y empuñan herramientas y pañuelos
(sus poderes visibles e invisibles)
divididos en carne y en temblores
del que va, por ejemplo,
en busca de la madre y muere.
De la joven que se ha herido
la yema de los dedos
con las hojas azules del carbónico.
Del que le han puesto un árbol
a la espalda.
Del que se sienta, nada más y espera.
Del que cierra los ojos y ríe fuerte.
Del que los abre y llora...
Del que ajusta la tierra a su medida
y la convierte en arma.
La luz no se detiene
al perseguir los signos,

y trepa a las paredes,
entra o sale,
mientras sonámbulo y ajeno,
yo me asomo, sin ver, a otras ventanas.

## CIERRO LOS OJOS

Cierro los ojos,
suben palomas a la almohada,
nubes al sur
y tallos
y horizontes,
en simple geometría.
Aquí, siempre,
el corredor oscuro,
la mesa del teléfono,
la silla,
las altas puertas de madera
y el peso de un papel envejecido
sobre las paredes.
Ya comienzo a soñar,
libre de tinta y expedientes...
Pero el vecino empuña una sartén,
reclama con frituras y el televisor
su derecho a sentirse ciudadano del mundo,
a exigir el jornal de mañana.
Hoy he mirado más que de costumbre
la flor en el afiche de los cigarrillos,
y a la niña de verde
-con el sexo-
entre las tazas humeantes.
Me quedan, todavía;
-el reloj que bosteza
y el matrimonio del portazo,
que se pierde en la cripta
hasta las seis y media
del cinco de noviembre,
que es mañana,
sábado, al fin!,
y mío...